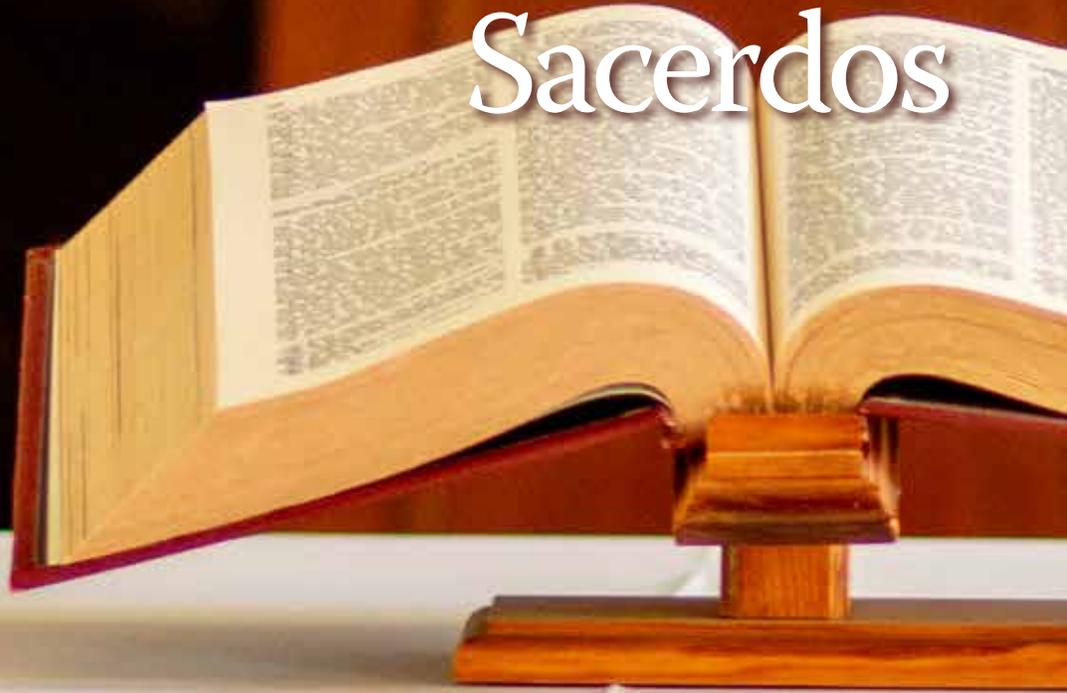


Homilías

P. Antonio Rivero, L.C.

Sacerdos



• OCTUBRE, NOVIEMBRE, DICIEMBRE | 2019

#135

www.centrologos.org



INTRODUCCIÓN AL CICLO C

EVANGELIO DE LUCAS



P. Antonio Rivero, L.C.

Doctor en Teología Espiritual,
profesor de Humanidades
Clásicas en el Centro de
Noviciado y Humanidades
y Ciencias de la Legión de
Cristo en Monterrey (México).

Daré algunas pinceladas para entender mejor a san Lucas, evangelista que nos acompañará durante todo este ciclo C.

Cada evangelista tiene su propio estilo y finalidad teológica. Lucas, aunque se ha servido de fuentes anteriores, sobre todo de Marcos, lo hace a su modo, con originalidad, y nos transmite bastantes páginas exclusivas, como los relatos de la infancia de Jesús, las parábolas del buen samaritano y del hijo pródigo, los discípulos de Emaús.

Los rasgos característicos de Lucas los podríamos resumir así:

- **Lucas ve la historia de la salvación en tres tiempos:** primero, el Antiguo Testamento, hasta la llegada del Bautista; segundo, el tiempo de Jesús; y el tercero, el tiempo de la Iglesia, que continúa la misión de Jesús hasta el final de los tiempos (Hechos de los Apóstoles).
- En esta historia de la salvación, **el protagonista invisible es el Espíritu Santo.**
- **Lucas es el evangelista más universalista:** la salvación es para todos, también para romanos y samaritanos.
- **Lucas también es el evangelista de la misericordia:** Dios perdona y se alegra de la vuelta del pecador.
- La vida cristiana para Lucas consiste en **seguir a Cristo.**
- Lucas, finalmente, es el evangelista que más **nos habla de la Virgen María.**

El evangelio de san Lucas está escrito en griego culto, pues Lucas es un cristiano educado en ambientes helenistas. Intentó responder a la situación que vivía su comunidad cristiana, amenazada por la rutina y la tentación de aferrarse a los bienes de este mundo. Por eso, invita a la conversión, y para ello nada mejor que recordar las palabras y la vida de Jesús. A Lucas lo pintan con un toro, porque comienza su evangelio con los sacrificios que hacían en el templo, donde cada tarde se sacrificaba una res.

Este evangelio fue escrito por san Lucas, médico de profesión, hombre culto y perfecto conocedor del griego. Fue discípulo de san Pablo. No fue testigo directo de la vida del Señor. Tal vez fue María la que le proporcionó la mayor parte de la información que se contiene en los primeros capítulos de su evangelio. Lo debió escribir con anterioridad a la caída de Jerusalén, el año 70. Y los destinatarios de

INTRODUCCIÓN AL CICLO C EVANGELIO DE LUCAS

su obra son pagano-cristianos helenistas, no romanos. Todo el evangelio de Lucas está encaminado a presentar a Jesús como el gran amigo de los pecadores, como el más misericordioso y amable de los seres que han existido.

¿Cómo resumir el evangelio de san Lucas?

- **Es el evangelio de la misericordia y de los grandes perdones:** en este evangelio encontramos las páginas que mejor hablan de la ternura y misericordia de Dios.
- **Es el evangelio de la salvación universal:** ese perdón y ternura alcanzan a todos los hombres.
- **Es el evangelio de los pobres:** insiste en la predilección de Jesús por los pobres, los marginados, los samaritanos, los despreciados.
- **Es el evangelio de la oración:** presenta a Jesús en oración, enseña a los discípulos a orar; presenta ejemplos de oración en María, en Zacarías, en Getsemaní, en la cruz.
- **Es el evangelio del Espíritu Santo:** el fruto de la oración es el Espíritu Santo. Lucas insiste en el protagonismo del Espíritu Santo en la vida de Jesús y del cristiano.
- **Es el evangelio de la alegría:** una vida de oración, de unión con el Espíritu Santo es fuente de gozo y alegría para todos. La salvación concedida a todos engendra alegría.
- **Es el evangelio de la radicalidad y exigencias del maestro:** la ternura de Dios y el optimismo de la salvación no ocultan las dificultades y las sombras del camino de Cristo y del cristiano. Es una renuncia a las riquezas, sobre todo.



Idea principal: Si tuviéramos fe, otro “gallo cantaría” en nuestra vida. El gran tesoro de la fe.

Síntesis del mensaje: la fe es un valioso don de Dios. La fe nos da a nosotros una correcta concepción del mundo, nos muestra el objetivo de la vida, nos reconforta en los momentos difíciles, alegría nuestro corazón, da fuerza a nuestra oración y nos abre la entrada a las infinitas misericordias de Dios. El salmo ha tomado partido por esta confianza en Dios, y ya ve la ayuda divina en la vida de su pueblo.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Dios nos prueba en la fe, como probó al profeta Habacuc (1ª lectura). Habacuc es un profeta poco conocido. Este profeta en la lectura de hoy protesta ante Dios: “¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches?”. Está desesperado, abrumado, cansado de tanta injusticia y violencias, desgracias y catástrofes y guerras –comienzo del imperio de los babilonios, terror de los israelitas-. ¿Por qué Dios consiente esto? La respuesta de Dios es que él debe conservar su fe y esperanza en la promesa de Dios de tiempos mejores. La Iglesia y los cristianos de hoy podemos fácilmente reconocernos en esta experiencia profética: “¿Por qué, Señor, tantos han dejado de ir a misa, no se confiesan? ¿Por qué iglesias casi vacías? ¿Por

qué persiguen los musulmanes o budistas a tus cristianos? ¿Por qué tantas ideologías nefastas nos atacan y gritan enarbolando sus derechos que atentan contra la razón y la naturaleza? ¿Por qué tantos jefes políticos promotores descarados del crimen del aborto y la ideología de género? ¿Por qué el terrorismo internacional? ¿Por qué tan pocas vocaciones y seminarios medio vacíos? ¿Por qué las familias tan inestables? ¿Por qué muchos tan pobres y otros tan ricos?”. Dios nos prueba la fe. Quiere que nuestra fe no sea una fe prendida de alfileres, inmadura e infantil, sino robusta, firme, maciza. “El justo vivirá por su fe” (1ª lectura).

En segundo lugar, la fe tiene que demostrarse con valentía, energía y repartirla como un tesoro (2ª lectura). Así le dice san Pablo a Timoteo. Así lo hizo san Esteban, el primer mártir, y san Ignacio de Antioquía, que condenado a morir devorado por las fieras, fue trasladado a Roma y allí recibió la corona de su glorioso martirio el año 107, en tiempos del emperador Trajano, después de haber escrito unas impresionantes cartas durante el trayecto a Roma: “Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro”. ¡Qué fe tan firme, fuerte, segura, entregada como tesoro a toda la Iglesia! Y el famoso cardenal croata, ya beato, Stepinac (1898-1960), acusado de ser colaborador nazi y sometido a un polémico juicio en el que se demostró su inocencia, pero con leyes creadas

especialmente para este proceso lo condenaron a 16 años de trabajo forzado. Su respuesta fue: **“Yo sé cual es mi deber. Con la Gracia Divina lo cumpliré hasta el final, sin odio contra nadie, pero también sin miedo a nadie”**. Eso es vivir la fe con valentía. Otro ejemplo: József Mindszenty (1892- 1975), cardenal primado de Hungría, defendiendo su fe frente al régimen comunista, fue detenido el 26 de diciembre de 1949 y sometido a un proceso judicial en febrero del año siguiente, proceso público que quiso demostrar que nada ni nadie podía oponerse a la voluntad del régimen comunista. Después de forzar declaraciones por medio de torturas y drogas, y luego de montar falsas pruebas contra él, la corte lo encontró culpable de traición y lo condenó a cadena perpetua. La fe por ser un tesoro es codiciado por los enemigos de Dios y de la Iglesia. Duros son los trabajos del evangelio, le dice Pablo a Timoteo (2ª lectura). Por eso hay que reavivar el fuego de la gracia de Dios.

Finalmente, no tenemos otra opción que pedir a Cristo que nos aumente nuestra fe, como hicieron los apóstoles (evangelio). Con la fe somos capaces de arrancar de raíz cualquier árbol, de acallar tantas voces contra la Iglesia, animar al más deprimido. La fe nos ayuda valientemente a soportar el dolor. Basta leer a san Pablo: *“Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, ¡entonces soy fuerte!” Porque la fuerza de Dios se realiza en la debilidad”* (2 Co 12, 10). La fe es la llave de los tesoros de Dios. La fe lleva al ser humano a un encuentro vivo con Dios en la oración atenta y de corazón. Durante esta oración el ser humano toca la poderosa fuerza divina y entonces según las palabras del Salvador, todo se hace posible para el creyente (cf. Mt 9, 23). Por eso: *“Todo lo que pidierais en oración con fe, lo recibiréis”* y añadió: *“Si tuvierais fe como un grano de mostaza y le decís a un monte: muévete de aquí. para allá, y lo hará, y nada os será imposible”* (Mt 21, 22 y 17, 20). En otras palabras incluso la más pequeña fe puede hacer milagros, si es íntegra y viva como una semilla. La fe actúa no por la fuerza

de la imaginación ni por auto hipnosis, sino por medio de la unión del ser humano con el manantial de toda vida y fuerza, de la unión con Dios. La combinación de una fe fuerte con la humildad no es casualidad. El hombre que tiene una gran fe siente más que otro cualquiera la grandeza y el poder de Dios. Y entre más claramente él siente esto mejor reconoce su propia indigencia. Por eso grandes hombres de Dios como por ejemplo los profetas Moisés y Elías, los apóstoles Pedro y Pablo y otros como ellos siempre se distinguían por su gran humildad.

Para reflexionar: ¿Cómo es mi fe: fuerte, madura, firme, maciza, luminosa o débil, apagada, infantil y opaca? ¿Con qué alimento mi fe? ¿Transmito mi fe con valentía? ¿En qué campos me ayuda la fe?

Para rezar: Señor, danos la fe de María, que aceptó el plan de Dios en su vida, aunque después tuvo que caminar en el claroscuro de la fe, sin entender tantas cosas. Danos la fe de Abrahán, que obedeció y se puso en camino sin saber a dónde le llevaba Dios.



Idea principal: La *gratitud* es virtud que abre el corazón de Dios y de los hombres.

Síntesis del mensaje: Hoy la síntesis del mensaje de este domingo me la ofrece don Miguel de Cervantes en su famosa obra *"El Quijote"*: *"Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico"* (II parte, capítulo 58).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, veamos a los leprosos del evangelio de hoy. Le saltaron al camino que Jesús llevaba de Samaría a Jerusalén y le vocearon desde los 50 metros reglamentarios que debían separar siempre al leproso de los sanos. Jesús curó a los diez y se lo agradeció uno. Si por cada diez agraciados hay un agradecido, por cada cien agraciados, echemos la cuenta. Sólo el 10% de los hombres y mujeres es agradecido. ¡Es una pena! O mejor, un pecado, que lastima a Cristo; de ahí su queja: *"¿No fueron diez los curados? ¿Dónde están*

los otros nueve?". Los ingratos, los nueve ingratos del evangelio, tal vez son judíos: los que iban por la vida de orgullosos de remate porque eran los preferidos de Dios, los elegidos en exclusiva para la salvación, los creídos con derecho a todo. ¿Darle las gracias a Jesús? Que se las dé el cismático, pagano y desgraciado del samaritano, que es lo que tiene que hacer. En la *primera lectura*, Naamán agradece a Eliseo el don de la curación. Curación de cuerpo y alma, pues desde ese momento Naamán no volvió a servir a otros dioses. El *salmo* también nos invita a ser agradecidos con Dios por su gran misericordia y fidelidad. Y san Pablo en la *segunda lectura* le dice a Timoteo que haga memoria de cuanto ha hecho Cristo por nosotros. Sólo así incentivaremos la gratitud.

En segundo lugar, la *gratitud* es virtud rara y sólo se da en almas nobles. Es de bien nacidos, el ser agradecidos. Por eso, de pequeños, nuestros papás nos decían: *"¿cómo se dice, hijito?"*, cuando alguien nos daba algo. *"Gracias"* –respondíamos. ¿Qué es la gratitud? La gratitud es ese fino sentimiento, que mueve a valorar el bien recibido y a corresponder con otro, al menos con el deseo, siquiera con la publicación del bien y de la persona que me lo hizo. Para Don Quijote, español si alguno y cristiano de ley, la ingratitud es el pecado mayor del hombre, para Jesús la queja íntima de Dios, para el hombre la piedra del tropezón diario y para mí un misterio bochornoso. El ser humano es un puro beneficio de Dios de pies a cabeza y del seno

materno al ataúd de madera, pero no lo reconoce. El ser humano, suyo, lo que se dice suyo, no tiene más que el pecado, el de ingratitud, primero, pero Dios no puede convertirlo porque no se deja. La gratitud es directamente proporcional a la elegancia de espíritu e inversamente proporcional al favor recibido. O sea, que a grandes beneficios, grandes ingratitudes. Eso es chapuza de espíritu, vileza de corazón, orgullo sin nombre. Por eso, el pobre es más agradecido que el rico, el sencillo más que el grande y el débil más que el poderoso.

Finalmente, ¿qué tenemos que agradecer a Dios? El don de la creación y la vida. El don de la redención y de la fe. El don del Espíritu Santo. El don de la Virgen Santísima. El don de la Iglesia y los sacramentos. El don de nuestra familia. El don de nuestra patria y del trabajo. Las cualidades que tenemos en el orden físico, intelectual, profesional. Agradecer el sol que nos alumbra y calienta. La luna y las estrellas que nos cobijan en la noche. El rocío de las mañanas. Y también el hielo o la nieve. Agradecer la salud, y también la enfermedad. Por eso, para el cristiano, el deber de la gratitud es claro e indeclinable. Le es impuesto por la Palabra de Dios. El apóstol Pablo exhortaba a los Efesios a vivir gozosamente «dando siempre gracias por todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5, 19-20). A los Tesalonicenses les instaba a «dar gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Ts 5, 18). Y a los Colosenses les recuerda, entre otros, ese mismo deber: «Y sed agradecidos» (Col 3, 15). La ausencia de gratitud no sólo afea nuestro carácter. Revela la negrura de la mente y el corazón humanos cuando hace oídos sordos a la revelación natural. Pablo traza atinadamente el perfil de los paganos de su tiempo diciendo que, «habiendo conocido a Dios (vv 19, 20), no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias» (Rm 1, 19-21). La Iglesia desde el inicio ha sido consciente de la gratitud para con Dios. Por eso llamó a la santa Misa, Eucaristía, es decir, acción de gracias, porque Jesús empezó la Última Cena –donde instituyó la Eucaristía– dando gracias a Dios, antes de partir el

pan y de presentar el cáliz.

Para reflexionar: ¿Soy ingrato o agradecido? ¿Por qué tengo que ser agradecido? ¿Qué tengo que hacer para mejorar la virtud de la gratitud? ¿Vivo cada misa para agradecer a Dios todos sus beneficios? ¿Agradezco al acostarme todas las gracias que Dios me ha dado durante el día? ¿Y al levantarme comienzo con un: “*gracias*”, mi Dios, por el nuevo día?

Para rezar: Recemos con el salmo 103, 1-2

Bendice, alma mía, al Señor,

Y bendiga todo mi ser su santo nombre.

Bendice, alma mía, al Señor,

Y no olvides ninguno de sus beneficios.



Idea principal: La oración de súplica.

Síntesis del mensaje: Lucas es también el evangelista de la oración. Es el que más veces nos presenta a Jesús orando y enseñando cómo debemos orar. El domingo pasado nos invitaba a dar gracias. Hoy, a la oración de súplica, como esa viuda a quien habían hecho una injusticia (evangelio). También Moisés en la primera lectura es modelo de oración de súplica por su pueblo, acosado por los amalecitas. El salmo refuerza este mensaje, pues toda ayuda nos vendrá del Señor, que nos guarda de todo mal. Toda oración debe partir de la Palabra de Dios, que orienta y purifica nuestra oración de súplica (2ª lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿cómo debe ser nuestra oración de súplica para que Dios nos escuche? Nos responde santo Tomás en el proemio a la Oración dominical: *“confiada, recta, ordenada, devota y humilde”*. ¿Cómo debe ser, pues, nuestra oración? **Primero, oración confiada.** Para que la súplica obtenga mayor resultado, en ella debe trasparecer una confianza toda amorosa y humilde para provocar la misericordia de Dios: *“me invocará y lo escucharé”* (Sal 90, 15). Dirá san Claudio de la Colombière: *“los que se cansan después de haber rogado durante un tiempo, carecen de humildad*

o de confianza; y de este modo no merecen ser escuchados. Parece como si pretendierais que se os obedezca al momento vuestra oración como si fuera un mandato; ¿no sabéis que Dios resiste a los soberbios y que se complace en los humildes? ¿Qué? ¿Acaso vuestro orgullo no os permite sufrir que os hagan volver más de una vez para la misma cosa? Es tener muy poca confianza en la bondad de Dios el desesperar tan pronto, el tomar las menores dilaciones por rechazos absolutos” (El abandono confiado a la Divina Providencia). **Segundo, oración ordenada.** Es decir, debemos pedir las cosas en orden a la salvación eterna, y por lo mismo, el vernos libres de caer en las tentaciones. **Tercero, oración perseverante,** machacona, como la de la viuda del evangelio. La perseverancia es el hábito que vigoriza la voluntad para que no abandone el camino del bien. Y cuarto, *oración devota.* La devoción no es otra cosa que una voluntad pronta de entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios.

En segundo lugar, ¿por qué nuestra oración no llega a Dios? Aquí están algunas de las causas. **Primera,** el hombre le dice a Dios: *“Dame la tierra y quédate con el cielo”*. **Materialismo** se llama esto. Nada, que pedimos a Dios cosas terrenas, de la tierra, tierra: salud y dinero, trabajo y suerte, aprobados y ascensos. ¿Y de las cosas espirituales: la gracia y la fe, fidelidad a Dios y honradez de conciencia, sentido de la justicia y de la Iglesia, vivencias de Dios e ilusión por los destinos eternos...? **Segunda causa,** el hombre le dice a Dios: *“O me das la tierra*

o te quedas con el cielo". *Empecinamiento*. Para algunos cristianos, la oración es una partida de "parcheese". Entran en el templo, tiran los dados de su oración a rodar por el tablero mágico del altar y...Y una de dos: o les toca, y entonces malo, o no les toca, y entonces peor. Este no es el Dios auténtico, sino pagano. Oración comercial. Y *tercera causa*, el hombre le dice a Dios: "Dame el cielo y de la tierra ya hablaremos". Esta oración sí llega al trono de Dios. Este hombre o mujer que así oran serán escuchados por Dios, y sabrán sobreponerse a esta sociedad materialista, hedonista, sexista, laicista, neopagana, decadente...y serán hijos de Dios, cuando la mayor parte de los hombres se quedan en hijos de hombres, del tiempo y del ocaso.

Finalmente, orar pidiendo algo a Dios no significa dejarlo todo en sus manos y nosotros sentarnos en el sillón de la pereza. Moisés, aunque hoy aparezca orando con los brazos elevados, no es ciertamente una persona sospechosa de pereza e inhibición. Fue el gran servidor y conductor activo del pueblo; pero daba a la oración una importancia decisiva. Tampoco Jesús nos invita a la pereza: en la parábola de los talentos queda claro que debemos hacer rendir los talentos de Dios para bien de todos. También hoy queda claro que Dios no está obligado a darnos lo que pedimos. Él sabe lo que necesitamos. Será san Agustín quien nos dirá por qué Dios no nos escucha, o nos escucha con el silencio. Y lo dice de forma lapidaria en latín, su lengua, jugando con las palabras: "Cuando nuestra oración no es escuchada es porque: **aut mali, aut male, aut mala**. **Mali**, porque somos malos y no estamos bien dispuestos para la petición. **Male**, porque pedimos mal, con poca fe o sin perseverancia, o con poca humildad. **Mala**, porque pedimos cosas malas, o van a resultar, por alguna razón, no convenientes para nosotros" (La ciudad de Dios, 20, 22). Jesús acaba su parábola con una pregunta desconcertante: "cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?". Sin la oración llena de fe, no moveremos las montañas de nuestros problemas y los de la humanidad y de la Iglesia.

Para reflexionar: ¿Qué significa orar en el nombre de Jesús? ¿Qué significa orar sin cesar? ¿Qué es el poder de la oración? ¿Cómo es la oración una comunicación con Dios? ¿Cuál es la manera correcta de orar? ¿Cuáles son algunos obstáculos para la oración afectiva y efectiva? ¿La oración en silencio es bíblica? ¿Qué es la oración intercesora y de súplica?

Para rezar: Ejemplo de oración de intercesión: "Se acercó Abraham y le dijo:—¿Destruirás también al justo con el impío? Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás y no perdonarás a aquel lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él? Lejos de ti el hacerlo así, que hagas morir al justo con el impío y que el justo sea tratado como el impío. ¡Nunca tal hagas! El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gn 18- 23-25).



Idea principal: Nuestra línea telefónica y nuestro whatsapp con Dios es la *oración*, que debe ser confiada, perseverante, humilde e intercesora. El *Wi-Fi* de Dios está siempre conectado.

Síntesis del mensaje: Lucas, que nos acompaña en este ciclo C, es el evangelista que más veces hace alusión a Jesús orante, tanto en comunidad como en solitario, en momentos de alegría o de crisis. El domingo pasado nos invitaba Jesús, en la casa de Marta y María, a escuchar la Palabra y a dar prioridad a la *oración* antes que a la acción. Hoy nos ayuda a entender la importancia de la *oración* en nuestra vida, enseñándonos el Padrenuestro y también indicándonos las cualidades que debe tener nuestra oración. La oración no es una cuestión de técnicas; una oración buena es la que nos hace encontrar a Dios y poco a poco nos transforma interiormente.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, veamos la oración de Abrahán. Es una oración porfiada de intercesión, a favor de los habitantes de Sodoma y Gomorra, a pesar de su gran pecado. Es entrañable –y típico oriental– el “regateo” de Abrahán ante Dios. Le pide con confianza “rebajas”, aunque conocía el gran pecado de aquella ciudad. Y Dios le escucha, aunque no haya encontrado ni siquiera esos diez justos que le sugería Abrahán. Aprendamos de Abrahán a pedir por nuestras naciones, por los enfermos, por los jóvenes, por los que sufren, por los pecadores, por las familias, por la paz del mundo, por los gobernantes. Oración de intercesión.

En segundo lugar, veamos la oración de Jesús. Jesús ora con frecuencia y largamente; algunas veces, como nos recuerdan los evangelistas, pasa incluso toda la noche en

oración (cf. Lc 6, 12). Jesús ora antes de tomar cualquier decisión importante: por ejemplo, antes de escoger a sus apóstoles; antes de salir para Jerusalén; antes de enviar a los discípulos en misión. Jesús ora en la soledad. A veces se levanta muy pronto por la mañana, para poder orar tranquilamente, aunque el día anterior haya tenido que ocuparse durante mucho tiempo de los enfermos (cf. Mc 1, 32.35). ¿Por qué ora? Porque siente un intenso deseo de vivir en unión con su Padre del cielo. Su ejemplo suscita en los discípulos el deseo de ser instruidos en la oración. Por eso le piden: “Señor, enséñanos a orar”. Y nos enseña la más sublime oración, el Padrenuestro: la primera parte dirigida a Dios (sea alabado y santificado su Nombre, implorado su Reino, cumplida su Voluntad). La segunda es para nosotros: le pedimos el pan material y espiritual; perdón de nuestras ofensas, nos aparte de la tentación y nos libre del mal y del maligno.

Finalmente, analicemos nuestra oración. Tengamos nuestro whatsapp con Dios actualizado y siempre abierto. ¿Qué es la oración? “Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como en la alegría” (Santa Teresa del Niño Jesús, Manuscrito C, 25r). “La oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes” (San Juan Damasceno, Expositio fidei, 68). Y para san Agustín, la oración es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él. Y el Catecismo dice en el número 2564: “La oración cristiana es una relación de Alianza entre Dios y el hombre en Cristo. Es acción de Dios y del hombre; brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo de Dios hecho hombre”. ¿A qué vamos a la oración? A alabar y adorar a Dios, a darle gracias, a pedirle perdón

e implorarle por nuestras necesidades. *¿Cómo debemos rezar?* Con sencillez y humildad, con atención y confianza, con perseverancia. *¿Qué obstáculos encontramos en nuestro día a día para rezar bien?* El miedo al silencio, a la soledad y a encontrarnos con nosotros mismos, las distracciones, el pensar sólo en las cosas materiales, el peso de nuestros pecados, la tibieza y la mundanidad, de la que tanto habla el papa Francisco. *¿Y los frutos de la oración?* Frutos tanto individuales como para la comunidad. Estos frutos son lo que nos permiten decir que la oración no es algo puramente psicológico, porque tiene consecuencias. Si permanecemos fieles a la oración, poco a poco nos volvemos más apacibles, más delicados, más atentos a los demás. Comunicamos la paz de Dios. Luego están los santos, que gracias a la oración han logrado hacer grandes obras de amor impensables en un principio. Gracias a la oración uno puede llegar a sentir –a percibir sensiblemente– la presencia de Dios, su ternura y su alegría. De lo que se trata es que cada vez sea menos una oración de pensamiento, de cabeza, y cada vez más una oración de corazón, que se abra a Dios, en una apertura y abandono que hace que la oración sea profunda.

Para reflexionar: *¿Reservo unos diez o quince minutos diariamente en mi whatsapp espiritual para encontrarme con Dios y consagrar ese momento a Él? ¿Estoy conectado al Wi-Fi de Dios todo el día? ¿He reflexionado que las actitudes esenciales para orar y relacionarnos con Dios son tres: un acto de fe, de esperanza y de amor, y no tanto, la sensibilidad ni la inteligencia? ¿Todo lo espero de Dios o también pongo mi parte? ¿Grito al Señor día y noche? ¿Rezo por los demás como Abraham por Sodoma y Gomorra?*

Para rezar: *“Señor, estoy ante ti como un pobre, veo todos mis pecados y mi fragilidad, pero no es un problema porque Tú eres mi esperanza. Es de ti que espero mi salvación, Señor; es de ti que espero la gracia que podrá curarme, purificarme y transformarme... Señor, no siento gran cosa y me gustaría comprenderlo todo, pero creo aún así con todo mi corazón que estás aquí”.*



Idea principal: La santidad no es una competencia olímpica para romper marcas anteriores, sino un caminar al paso cotidiano, conducido por el Espíritu que nos transforma en imagen de Cristo, si nosotros colaboramos.

Síntesis del mensaje: la imagen del libro del Apocalipsis describe la plenitud de los que han conseguido esa bienaventuranza para siempre, porque supieron cooperar con la gracia de Dios. San Juan en su primera carta resume muy bien en qué consiste la relación entre esperanza cristiana y santidad: todos los bautizados somos ya, aquí y ahora, hijos de Dios, pero todavía con limitaciones, tenemos la esperanza de llegar a serlo un día en plenitud. Los santos no son una exigua casta de elegidos, sino una muchedumbre innumerable, hacia la que la liturgia nos exhorta hoy a elevar nuestra mirada y aprender de ellos. En esa muchedumbre no sólo están los santos reconocidos de forma oficial, sino también los bautizados de todas las épocas y naciones, que se han esforzado por cumplir con amor y fidelidad la voluntad divina. De gran parte de ellos no conocemos ni el rostro ni el nombre, pero con los ojos de la fe los vemos resplandecer, como astros llenos de gloria, en el firmamento de Dios.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, en la primera lectura, el autor

del libro del Apocalipsis los describe como “una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua” (Ap 7, 9). Este pueblo comprende los santos del Antiguo Testamento, desde el justo Abel y el fiel patriarca Abraham, los del Nuevo Testamento, los numerosos mártires del inicio del cristianismo y los beatos y santos de los siglos sucesivos, hasta los testigos de Cristo de nuestro tiempo. A todos los une la voluntad de encarnar en su vida el Evangelio de Jesús, bajo el impulso del eterno animador del pueblo de Dios, que es el Espíritu Santo. Por eso debemos suscitar en nosotros el gran deseo de ser como los santos, felices por vivir cerca de Dios, en su luz, en la gran familia de los amigos de Dios. Ser santo significa vivir cerca de Dios, vivir en su familia. Esta es la vocación de todos nosotros, reafirmada con vigor por el concilio Vaticano II donde nos habla sobre la llamada universal a la santidad, para todos, y que hoy se vuelve a proponer de modo solemne a nuestra atención. Estas son las palabras del concilio: «En los diversos géneros de vida y ocupación, todos cultivan la misma santidad. En efecto, todos, por la acción del Espíritu de Dios, siguen a Cristo pobre, humilde y con la cruz a cuestas para merecer tener parte en su gloria» (Constitución dogmática, *Lumen gentium*, n. 41)

En segundo lugar, pero, ¿cómo podemos llegar a ser santos, amigos de Dios? A esta pregunta se puede responder ante todo de forma negativa: para ser santos no es preciso realizar acciones

y obras extraordinarias, ni poseer carismas excepcionales. Luego viene la respuesta positiva: es necesario, ante todo, escuchar a Jesús y seguirlo sin desalentarse ante las dificultades. *“Si alguno me quiere servir -nos exhorta-, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará” (Jn 12, 26).* En lenguaje más sencillo, para ser santos tenemos que beber de las fuentes de la santidad: Dios, la vivencia de la liturgia y sacramentos donde nos sumergimos en la santidad de Dios, la devoción a la Virgen y a los santos, modelos de santidad. El Papa Francisco dice en su exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, número 7: *“Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad”* (19 marzo 2018). ¿Cuál es el alma de la santidad? De nuevo el concilio Vaticano II precisa; nos dice que la santidad no es sino la caridad plenamente vivida. *«“Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5, 5).* Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en la sagrada liturgia, y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. El amor, en efecto, como lazo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14; Rm 13, 10), dirige todos los medios de santificación, los

informa y los lleva a su fin» (Lumen gentium 42).

Finalmente, san Bernardo dice: *“Nuestros santos -dice- no necesitan nuestros honores y no ganan nada con nuestro culto. Por mi parte, confieso que, cuando pienso en los santos, siento arder en mí grandes deseos”* (Discurso 2: *Opera Omnia Cisterc.* 5, 364). Para celebrar dignamente la fiesta de todos los Santos debemos: alabar y glorificar al Señor por las mercedes que hizo a sus siervos y pedirle que asimismo nos las conceda a nosotros honrar a todos los Santos como a amigos de Dios e invocar con más confianza su protección y proponer imitar sus ejemplos para ser un día participantes de la misma gloria. Es importante en este día detenernos a pensar en todo el bien que Dios ha dado a la humanidad por medio de tantos hombres y mujeres que fieles a la voluntad de Dios, fieles a su amor fueron testigos del Reino del Señor. La cantidad de santos, santas y mártires que dejaron una huella tan profunda en su paso por esta tierra que ni el tiempo ni los cambios de generaciones han podido borrar. Y si decimos que es de todos los Santos es porque también celebramos a tantos Santos y Mártires que Dios ha querido tener en el anonimato, y que nosotros no conocemos por su nombre pero sabemos por la fe que están dando gloria a Dios. Celebremos con gozo este día, y pidámosle a Dios Nuestro Señor nos conceda disfrutar en esta tierra de la protección de sus santos y que un día nos conceda estar con ellos para glorificarlo en su eternidad.

Para reflexionar: ¿Qué es para mí la santidad? ¿Quiero ser santo? ¿Pongo los medios para serlo? ¿Ayudo a los demás con mi ejemplo y palabra a ser santos?

Para rezar: Del Prefacio de la misa de hoy: *“En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación bendecirte, Dios santo, uno y trino, con todos tus santos, porque nos concedes celebrar hoy la gloria de la asamblea festiva de todos los*

bienaventurados en la patria definitiva del cielo. Hacia ella, aunque peregrinos y forastero en país extraño, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y por la esperanza, y gozosos por la gloria de los mejores hijos de tu Iglesia, los santos, nuestros hermanos, en quienes encontramos ejemplo de vida cristiana que imitar y ayuda para nuestra debilidad. Por eso, unidos a todos los santos y al coro de los ángeles, te glorificamos repitiendo sin cesar: santo, santo, santo. Amén. Que Santa María Reina de los santos nos conceda la alegría de servir con humildad a Dios esta tierra para verle y gozarle en la vida eterna”.



Idea principal: Dios nos toma la *delantera* siempre porque es misericordioso.

Síntesis del mensaje: Estamos acercándonos al final del año litúrgico y también terminando el año de la misericordia. Nunca más oportuno el mensaje consolador de este domingo: el perdón de Dios que nos toma la *delantera*, o, como dice el Papa Francisco, "nos primerea". Ambas lecturas (1ª lectura y evangelio) nos animan a todos, que somos pecadores y que tanto necesitamos de la misericordia de Dios, a confiar en Él. "A todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida" (1ª lectura), "porque el Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad" (Salmo). Dios, no sólo nos perdona, sino que quiere entrar y comer en nuestra casa, -que es nuestra alma- como hizo con Zaqueo (evangelio).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿quién era Zaqueo? ¿Por qué quería ver a Jesús? ¿Pura curiosidad? Zaqueo es una persona rica y poderosa. Jefe de publicanos. Los publicanos eran considerados pecadores por dos motivos. El primero era su falta de honradez: obligaban a la gente a pagar más de lo debido en el cobro de las tasas, a fin de obtener un beneficio. El segundo tenía su origen en que estaban al servicio de una potencia pagana: cobraban las tasas por

cuenta del Imperio romano. Por eso la gente de bien nos les hablaba, no comía en las casas de esos corruptos, ni los invitaba. Ese era Zaqueo, el aduanero pagano, rico por cuenta ajena y, por definición, publicano, hombre sin ley, sin entrañas y sin Dios. Impuro legal y contagioso. Pero, ¿qué pasó? Jesús le tomó la *delantera*.

En segundo lugar, ¿cómo le trató Jesús? Jesús toma la *delantera* y se auto-invita a la casa de Zaqueo porque sabía que ese hombre era pecador, pues ha venido al mundo para eso, para salvar al perdido. Atravesaba Jericó en olor de multitudes cuando, al pasar bajo una higuera, levantó los ojos adonde la gente apuntaba con los suyos y escuchó las risas, vio a un hombre encajado de bruces en la horquilla de las ramas. Jesús miró para arriba, su mirada sacudió la encina o la higuera y, con algunas hojas del caso, Zaqueo se cayó de maduro. Porque si hay miradas divinas que fulminan al hombre, esta vez le tocó a Zaqueo una de esas miradas. Y durante la comida, Jesús tocó definitivamente el corazón de Zaqueo y se convierte, sacando unas conclusiones muy concretas para reparar las injusticias que había cometido. Sí, Zaqueo era digno de la misericordia y del perdón de Dios. No es nuestra contrición lo que desencadena la misericordia de Dios sino, al revés, la misericordia de Dios es lo que desencadena la contrición del hombre. Luego viene la Iglesia que, con la absolución sacramental, atestigua la verdad del perdón.

Finalmente, ¿cómo terminó Zaqueo? Cristo le tomó la *delantera*. Y ahora es la hora de Zaqueo que también le tomó la *delantera* a Dios. En el momento del brindis, Zaqueo dijo: la mitad de lo que tengo será para los pobres. ¿De qué le habrá hablado Jesús para que salga con esas salidas? Apuesto que le habló del evangelio, que es cosa de pobres y de las bienaventuranzas. Y Zaqueo terminó con el fraude, la estafa y el robo. Y además, restituirá lo robado cuatro veces más. Qué habrán pensado los rabinos que “beatificaban” cuando alguien restituía el 1/5. El derecho romano mandaba devolver cuatro veces lo robado, pero sólo tras sentencia judicial. El derecho judío mandaba devolver el doble de lo robado (cf. Ex 22, 4.7) con excepción de la famosa oveja robada y, si sacrificaba, había que pagarle cuatro veces más (cf. Ex 21, 37 con 20, 1). Sólo así Jesús “se hospedó” en su “casa”, es decir, entró la gracia de Cristo en el alma de Zaqueo. Pero primero hubo contrición de corazón, propósito de enmienda, confesión de boca y satisfacción de obra. Adiós, Zaqueo, te seguimos en la leyenda, que nos informa que fuiste discípulo de san Pedro, que san Pedro te consagró obispo para Cesarea, luego...Luego te perdimos de vista para siempre. Quizás descansas debajo de la higuera.

de tantos Zaqueos, y que participe con ellos del Cuerpo y Sangre de Cristo, sea cual sea la raza, formación, edad y condición social.

Para reflexionar: ¿pongo límites a la misericordia de Dios? Cuando he sido injusto con alguien, ¿tomo después medidas prácticas para recompensarlo? ¿Soy crítico superficial de gente de Iglesia que trata con ricos y poderosos? ¿Nos alegramos de la vuelta de los alejados y hacemos fiesta sin poner mala cara, como el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo? ¿Soy misericordioso o intolerante fiscal y juez de los demás?

Para rezar: Jesús, piedad y misericordia. Gracias por tu perdón. Gracias por invitarme a tu mesa eucarística y permitirme entrar en comunión contigo, pues te has hecho alimento de mi vida. Que de tu Eucaristía aprenda a ser abierto de corazón y misericordioso para con los demás, a ejemplo tuyo. Que me alegre del cambio de vida



Idea principal: Creo con fe firme en el dogma de la *resurrección de la carne*.

Síntesis del mensaje: Dentro de dos domingos – domingo 34 del tiempo ordinario- termina el año de la misericordia. En este domingo el Señor nos invita a meditar con fe y serenidad en las verdades eternas que viviremos después de nuestra muerte. ¿Qué habrá después de esta vida? La *muerte*, el *juicio*, el *veredicto* de Dios: o el *premio* –después de una purificación en el *purgatorio*- o el *castigo*, que Dios nunca quiso, pero que nosotros nos ganamos con nuestra rebeldía y desamor, y finalmente la *resurrección de nuestro cuerpo en la vida eterna*. Todo el mes de noviembre está impregnado por estas verdades, sobre todo con la celebración de la fiesta de todos los Santos y la de los fieles Difuntos. El Catecismo de la Iglesia católica en el número 988 dice así: “*el Credo cristiano —profesión de nuestra fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en su acción creadora, salvadora y santificadora— culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al fin de los tiempos, y en la vida eterna*”. Y en el número 990 declara: “*La “resurrección de la carne” significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros “cuerpos mortales” (Rm 8, 11) volverán a tener vida*”.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, la primera lectura nos muestra que algunos mártires, en medio de una persecución contra los judíos, tuvieron una gran fe en la resurrección. Los judíos de los siglos precedentes no habían descubierto todavía la fe en la resurrección. Su creencia era similar a la de muchos pueblos – los griegos, por ejemplo- que pensaban que los hombres, tras la muerte, continuaban teniendo una existencia en los infiernos (que los judíos llamaban *sheol*), pero una existencia miserable, una existencia espectral, indigna de la naturaleza humana, y todavía menos de Dios. La muerte se les presentaba como una ruptura irreparable. Pero algunos recibieron la inspiración de Dios de una esperanza más allá de la muerte: “*No me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción*” (Salmo 15, 10). Esperanza de que Dios les llevará consigo. Estos judíos estaban convencidos de que, para tener una vida plena junto a Dios, también debía resucitar su cuerpo. Preguntemos, si no, a la madre de los siete hijos (1ª lectura), a quien el rey Antíoco exigía –para que abandonaran su religión- comer carne de cerdo, prohibida por la ley de Moisés, por ser animal impuro. Para conservar la pureza ritual había que abstenerse absolutamente de comer de cerdo. Estos jóvenes resistieron y fueron fieles a la ley. Lo que les mantenía en su lucha contra el perseguidor era la fe en la resurrección. Tenían confianza de que Dios les recompensaría con una resurrección gloriosa. Dios no puede abandonar a sus fieles.

En segundo lugar, ahora es Jesús en el evangelio de hoy quien profesó esta certeza de la resurrección; más aún, anunció su propia resurrección. Ante la pregunta ridícula de los saduceos sobre la mujer que se casó siete veces -¿de quién será mujer, de los siete esposos que tuvo?-, da una respuesta luminosa y decisiva al misterio de la resurrección. Les hace ver que tienen una idea equivocada de la resurrección. No es el retorno a la vida terrena, sino una resurrección que inaugura una vida completamente nueva de relación con Dios, llena de alegría y gozo, sin mezcla de tristeza ni fatiga, que sólo se dan aquí en la tierra. En esta nueva vida con Dios ya no hay necesidad de casarse ni de relaciones íntimas. Hay amor, pero no vida sexual, que en la tierra era consuelo, placer y bendición entre esposo y esposa para reforzar el amor entre los esposos y procrear. La vida allá no es continuación de la de aquí, llena de placeres sensibles y carnales, aunque legítimos y buenos, dentro de un matrimonio santo. No se necesita procrear, porque allá habrá sólo vida, no muerte. Allá seremos como ángeles, dice Jesús, con existencia espiritual, aunque con su cuerpo resucitado. Lo que esperamos no es una vida terrena, aunque mejorada, sino una vida celestial en plenitud, al lado de Dios y sus santos.

Finalmente, creer en la resurrección de los muertos ha sido desde sus comienzos un elemento esencial de la fe cristiana. *“La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella”* (Tertuliano, *De resurrectione mortuorum* 1, 1). Busquemos ya aquí en la tierra los valores celestiales: amor, alegría, paz y unión con Dios y con todos los hermanos, sin odios ni egoísmos. Es una felicidad más profunda y completa, que aquí en la tierra era un sorbo, un aperitivo, mezclado a veces con la hiel y el vinagre. La 2ª lectura nos ayuda a prepararnos para esa resurrección: con confianza en Dios y esperanza inquebrantable, aún en medio de luchas y tribulaciones, pues el amor de Dios prevalecerá al final. Cristo nos ha prometido esta resurrección.

Para reflexionar: Cuando la Iglesia dice por última vez las palabras de perdón de la absolución de Cristo sobre el cristiano moribundo, lo sella por última vez con una unción fortificante y le da a Cristo en el viático como alimento para el viaje. Le habla entonces con una dulce seguridad: «Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en el nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. Entra en el lugar de la paz y que tu morada esté junto a Dios en Sión, la ciudad santa, con Santa María Virgen, Madre de Dios, con san José y todos los ángeles y santos [...] Te entrego a Dios, y, como criatura suya, te pongo en sus manos, pues es tu Hacedor, que te formó del polvo de la tierra. Y al dejar esta vida, salgan a tu encuentro la Virgen María y todos los ángeles y santos [...] Que puedas contemplar cara a cara a tu Redentor» (Rito de la Unción de Enfermos y de su cuidado pastoral, *Orden de recomendación de moribundos*, 146-147).

Para rezar: agradezcamos la gracia de la vida eterna con las palabras de uno de los grandes doctores de la Iglesia, San Agustín:

“Entonces seremos libres y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que sucederá al fin sin fin”.



Idea principal: ¿Cómo prepararnos para el final de los tiempos?

Síntesis del mensaje: Estamos terminando el año litúrgico, y es lógico que los textos de este domingo tengan tono y sabor escatológico, es decir, que nos hagan mirar al futuro de la humanidad y el nuestro. A esta mirada hacia el futuro nos invitan, no sólo el evangelio y la 1ª lectura, sino también esta vez la 2ª lectura de san Pablo. Ahora bien, los “últimos tiempos” ya los estamos anticipando siempre en la participación de los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y con la construcción de un mundo más humano y cristiano. Para quienes anuncian insistentemente y con tonos tremendistas que vendrá ya el castigo y el fin de los tiempos, Cristo hoy nos dice que no es inminente: “*eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida*”. Fe, confianza y perseverancia en el bien.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, en la 1ª lectura, el profeta Malaquías pinta el panorama con total y crudo realismo: “*Llega el día, abrasador como un horno. Todos los arrogantes y los que hacen el mal serán como paja; el día que llega los consumirá*”. Más claro, imposible. Son imágenes muy gráficas, que remiten a unas grandes verdades. Primera, Dios es el recompensador infinito de aquellos que lo sirven

con fidelidad a pesar de las pruebas y el sufrimiento. Segunda verdad, llegará el fin del mundo y, con él, el juicio de Dios. El tiempo en que Dios mismo ponga cada cosa en su lugar, según justicia. Estas palabras de Malaquías no son agradables a la mentalidad moderna, pero no es menos cierto que la justicia que en ellas se manifiesta no invalida la bondad de Dios, que no deja de ser Padre.

En segundo lugar, Cristo en el discurso escatológico del evangelio de hoy desarrolla el mismo tema. Pone en guardia a los cristianos –y a todos- sobre posibles engaños: “*Tened cuidado, no os dejéis engañar, porque muchos se presentarán en mi nombre, diciendo: “Soy yo”, y también: “El tiempo está cerca”. No los sigáis*”. No hay nada peor que la verdad deformada. No hagamos caso a quienes van por ahí proclamando y anunciando el fin del mundo. La Iglesia ha sido siempre muy cauta en estos temas. Por eso, cuando ha habido supuestamente revelaciones privadas al respecto, la Iglesia no ha dado rápido el veredicto o la aprobación, sino después de un prolongado tiempo de prueba, ya sea aprobándolas o negándolas. Por eso, lo mejor es permanecer tranquilos y serenos en nuestra oración, haciendo el bien a nuestros hermanos y firmes en nuestra adhesión al Magisterio de la Iglesia, y no buscar alarmismos gritando que la justicia de Dios ya está por caer sobre nosotros como un nuevo diluvio, y que tenemos que meternos sabe Dios en qué nuevo arca de Noé. En el plan de Dios, esas guerras,

revoluciones, terremotos, epidemias, hambre... tienen la misión de recordarnos que en esta vida todo es transitorio, todo pasa. Llegará el día de los cielos nuevos y la tierra nueva. Sólo así triunfarán la justicia y la felicidad indeficientes.

Finalmente, antes del fin de los tiempos vendrán muchos sufrimientos y persecuciones para quienes quieren ser fieles a Cristo. Ha sido una constante en la vida de la Iglesia, desde sus comienzos en Jerusalén hasta nuestros días. Es conocida aquella sentencia que condenaba a los cristianos como reos de lesa majestad: *“Non licet esse vos”*, es decir, no tenéis derecho a existir. Se les privaba de la vida, a pesar de que los cristianos eran los más fieles cumplidores de los deberes cívicos. Pero su tenor de vida honrada y limpia era una bofetada implícita a esa vida lujuriosa y desenfrenada de muchos paganos. Hoy también seguimos siendo perseguidos, arrestados, asesinados, no sólo por gobernantes de regímenes comunistas y nazis, sino también por personas de otras religiones y credos. Basta echar una hojeada a las noticias mundiales. Son conocidas las palabras que Tertuliano lanzaba a los perseguidores: *“Cuantas veces nos segáis, somos muchos más; semilla de cristianos es la sangre de los mártires”*. La Iglesia de siempre enfrenta sin temor y hasta con alegría la persecución, porque la considera un signo de su auténtica identificación con Cristo. Rezar, sufrir, perdonar y dar testimonio de nuestra fe en todas partes, también en las grandes ciudades. Esta es la mejor manera de prepararnos para el final de los tiempos, y no con lenguajes tremendistas y escapando sabe Dios a dónde, para escondernos y vivir una vida tranquila.

Para reflexionar: habría alguno que se preguntaría leyendo hoy este evangelio: ¿dónde está la misericordia y la justicia de Dios? A este respecto, el cardenal Gerhard Ludwig Müller dijo estas palabras: *“Hoy sería muy importante comprender que tanto la misericordia como la justicia derivan de la bondad divina como de una misma fuente. Una cierta comprensión actual de la realidad en la que*

hay una inflación de lo afectivo y de lo sentimental, pretende convencernos de que la misericordia y la justicia son acciones antagónicas. Sin embargo, “la justicia y la misericordia se han abrazado” (Sal 85, 11), es decir, para Dios, decir justicia es decir misericordia, sin oposición. De hecho, es imposible comprender la misericordia de Dios sin tener presente su justicia. Esta no es una especie de balanza en la que juega a equilibrar mis méritos y mis faltas: no lo es, porque sabemos que Dios no nos busca por nuestros méritos ni nos rechaza por nuestras faltas. Tampoco nos mide con reglas o con criterios de justicia externos a Él mismo, por ejemplo, aplicando sin más el Decálogo a nuestra vida” (Informe sobre la esperanza, BAC popular, Madrid 2016).

Para rezar: Señor, estoy sereno y tranquilo, y con enorme confianza en Ti, porque al final vendrá la victoria y la felicidad. Te dejo mis preocupaciones y sufrimientos en tus manos. No me hundirán, sino que serán la prueba de mi fe y esperanza. Y al mismo tiempo, quiero seguir haciendo el bien a mi alrededor, con mi palabra y con mi ejemplo. Viviré el “hoy” sin dejar de mirar el “mañana”. Soy peregrino hacia la eternidad y no quiero distraerme en bagatelas y fruslerías. Con la perseverancia, me dijiste, salvaré mi alma. Amén.



Idea principal: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.* Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

Síntesis del mensaje: Hoy celebramos la Solemnidad de Cristo Rey. Así cerramos el año litúrgico. El próximo domingo comenzamos el Adviento del ciclo A. Esta fiesta de Cristo Rey antes se celebraba el último domingo de octubre, desde el año 1925 en la que la instituyó el Papa Pío XI. Pero en la reforma de Pablo VI, el 1969, se trasladó al último domingo del año litúrgico, el domingo 34 del Tiempo Ordinario. Esta fiesta nos invita a ver nuestra historia como un proceso del Reino que todavía no se manifiesta, pero que se está gestando y madurando hasta el final de los tiempos.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, veamos a nuestros reyes terrenos y a nuestro Rey, Cristo. Los reyes del mundo van rodeados de grandes séquitos, de armas, de delegados, de fasto y pompa, de terciopelos, de valiosas joyas, de lujosos tronos, esplendorosos salones. Sus proclamaciones suelen estar rodeadas de espectaculares ceremonias, brillantes festejos y general regocijo. Los Evangelios nos presentan un Rey cuyo trono es la cruz y cuyo cetro es un clavo que atraviesa su mano. Demasiado fuerte,

demasiado escandaloso, demasiado insoportable para el hombre. Más aún: si algo está lejos de lo que es ser Rey, según el sentir humano, es ese Jesús de la Cruz; si algo es imposible conciliar es que Jesús sea Dios y Rey en la Cruz. Pero los evangelistas no se dejan llevar por los prejuicios humanos, no quieren suavizar las cosas para conseguir adeptos; los evangelistas saben que aquí no se puede remozar la realidad, ni siquiera como técnica pedagógica. A la hora de la verdad, ésta es nuestra fe: ante un hombre que está siendo ejecutado como un malhechor entre malhechores, el cristiano proclama que ése y no otro es nuestro Salvador; ése y no otro es el Hijo de Dios; ése y no otro es nuestro Salvador. Que aquí estamos rozando el Misterio de Dios es innegable; y en esta situación no tenemos otra salida que la confianza, porque este Rey es un Rey lleno de misericordia.

En segundo lugar, veamos las reacciones ante este Cristo Rey Misericordioso. El pueblo presencia la escena, probablemente esperando a ver en qué quedaba todo aquello. Las autoridades religiosas hacen sarcásticos comentarios sobre el crucificado: "A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios"; hay que reconocer que saben "poner el dedo en la llaga", que lo que dicen está lleno de lógica; pero precisamente por eso, porque están convencidos de que Dios tiene que ser como su lógica les dicta, son incapaces de reconocer a Dios tal y como Él se presenta; y el hecho de que no se presente como el hombre

esperaría, no es motivo para rechazarle; pero sí lo fue para aquellas autoridades religiosas. Los *soldados romanos*, encargados de la ejecución, se burlan de aquel hombre que moría bajo el título de “Rey de los judíos”; ellos sí sabían bien lo que era un rey; y además conocían cuál era la verdadera situación de los judíos; en aquel estado de cosas, pensar que aquel hombre fuese rey era un disparate descomunal en el que ellos, lógicamente, no iban a caer. *Sólo un hombre es capaz de leer tras las apariencias*, de interpretar los acontecimientos que ante sus ojos se están desarrollando; un *ladrón* que, en otra cruz, comparte el suplicio y el destino más próximo de Jesús: la muerte. Un hombre al que la ley del Estado no ha dado respuestas en su vida, un hombre al que la lógica humana ha considerado indigno de seguir vivo entre los vivos, irrecuperable, sin solución, inservible para el género humano, y por tanto, digno de ser destruido, eliminado. Este es el único que, a pesar de su situación -¿sería atrevido afirmar que, más bien, gracias a ella?- ya no espera nada de la lógica humana, pero no ha perdido toda esperanza. Le queda una esperanza más definitiva, más absoluta, que iba más allá de lo que la vista y la mente podían alcanzar. Por eso se dirige a Jesús Misericordioso para pedirle: “*Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*”. Y por eso encuentra una respuesta en Jesús: “*Hoy estarás conmigo en el paraíso*”. Antes aquel “buen ladrón” ha tenido que ser capaz de superar ideas preconcebidas sobre Dios y reconocerle presente en aquel compañero suyo de suplicio; ha tenido que superar el dejarse esclavizar por los valores al uso en su sociedad y reconocer que, verdaderamente, aquél era Rey y Rey Misericordioso.

Finalmente, ¿a qué nos compromete esta solemnidad? Es necesario que Cristo reine en primer lugar en nuestra *inteligencia*, por el conocimiento de sus enseñanzas y la recepción amorosa de esas verdades reveladas; es necesario que reine en nuestra *voluntad*, por la obediencia e identificación cada vez más plena con la voluntad divina. Es preciso que reine en nuestro *corazón*, para que ningún amor se anteponga al amor de Dios;

y en nuestro *cuerpo*, que es templo del Espíritu Santo; en nuestro *trabajo*, en nuestro camino de santidad. Celebrar la fiesta de Cristo Rey implica un compromiso: trabajar con todo empeño para que la voluntad de Dios –como nos dice san Pablo en la 2ª lectura- se manifieste en todas las cosas. En nuestro corazón en primer lugar, y desde allí a todo lo que está a nuestro alrededor, hasta que llegue el día en que el Reino se manifieste en total plenitud, cuando todas las cosas estén definitivamente ordenadas al servicio del hombre nuevo, y Dios sea todo en todos, como dejó escrito el Papa Pío XI en la encíclica “*Quas primas*”, dedicada a Cristo Rey en 1925.

Para reflexionar: ¿Es Cristo el Rey de mi corazón, de mi inteligencia y de mi voluntad? ¿Qué hago para llevar el Reino de Cristo a todas partes, ese Reino de justicia, amor, verdad y paz?

Para rezar: ¡Oh Cristo Jesús! Os reconozco por Rey universal. Todo lo que ha sido hecho, ha sido creado para Vos. Ejerced sobre mí todos vuestros derechos. Renuevo mis promesas del Bautismo, renunciando a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y prometo vivir como buen cristiano. Y muy en particular me comprometo a hacer triunfar, según mis medios, los derechos de Dios y de vuestra Iglesia. ¡Divino Corazón de Jesús! Os ofrezco mis pobres acciones para que todos los corazones reconozcan vuestra Sagrada Realeza, y que así el reinado de vuestra paz se establezca en el Universo entero. Amén.



Idea principal: *Despertaos y caminad... se acerca la luz de nuestra salvación, Cristo.*

Síntesis del mensaje: El Adviento es como un gran *despertador* de Dios que la Iglesia nos pone en nuestra mesilla de noche para quienes están medio adormilados, anestesiados por las mil preocupaciones y ocupaciones de cada día. Con Cristo tendremos la tan anhelada paz que el profeta Isaías profetó y por eso estamos alegres (1ª lectura y salmo). Debemos espabilarnos y estar en vela, pues ya apunta el día del Sol sin ocaso, y tenemos que revestirnos de Cristo (2ª lectura y evangelio).

Aspectos de este idea:

En primer lugar, no es fácil *despertar* de tanto letargo y modorra. El mundo nos invita a sestear en la pereza, en la tibieza o en los gustos y caprichos: preocupaciones en la familia, en el trabajo, las mil tentaciones del mundo. *Despertemos* y caminemos con los pies del alma (San Agustín) hacia Cristo que nos espera de nuevo en Navidad trayéndonos la salvación (evangelio y 2ª lectura). Es un camino hacia arriba: subamos con dignidad al monte del Señor (1ª lectura). Quien no sube, inevitablemente desciende. ¿Qué me impide subir al monte del Señor: pies atados, corazón apegado, voluntad desmotivada? Hay que estar preparados. Con la

casa en orden. Con aceite en las lámparas.

En segundo lugar, una vez que *despertemos* y caminemos con alegría al encuentro de Cristo, estemos con el corazón vigilante pues en el camino hay ladrones que nos quieren robar nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra decencia (evangelio y segunda lectura). ¿Qué ladrones de ordinario me acechan en mi vida cristiana: ladrones internos, ladrones externos? Ahí nos esperan en la vuelta de la esquina: silbidos de sirenas, carruseles de fiestas, orgías en francachelas.

Finalmente, después de hacer la experiencia de Cristo en la oración y en los sacramentos, experimentaremos los frutos de este encuentro con Cristo: estaremos revestidos de Cristo (2ª lectura) y cosecharemos frutos suculentos (1ª y 2ª lectura): seremos hombres de luz, de paz y de moral en nuestra casa, en nuestros ambientes. ¿Qué frutos estoy ofreciendo de mi experiencia de Cristo?

Para reflexionar: pongamos las pilas de la gracia a nuestro *despertador*, en el caso de que estén gastadas, y marquemos bien la hora de levantarnos temprano para subir cada día al monte de la oración y progreseemos en las virtudes durante el día. Que en la Navidad, Cristo nos encuentre preparados con la lámpara de la fe encendida y en paz con todos. Encomendémonos a la Virgen del Adviento

que es también la Virgen de las Vigilias para que nos ayude a preparar el corazón para recibir a su Hijo Jesús.

Para rezar: cantemos la famosa canción: *“Ven, ven, Señor no tardes, ven, ven que te esperamos; ven, ven, Señor, no tardes, ven pronto, Señor. El mundo muere de frío, el alma perdió el calor, los hombres no son hermanos, al mundo le faltas tú. Ven, ven, Señor, no tardes, ven, ven que te esperamos, ven, ven, Señor, no tardes, ven pronto Señor”*.



Idea principal: María fue concebida sin pecado original, porque sería la Madre del Salvador.

Síntesis del mensaje: La Inmaculada Concepción es el primero de los privilegios concedidos a María Santísima, en atención a su futura maternidad divina. Privilegio y don que la hace digna de ser toda de Dios y sólo de Dios, desde el primer instante de su concepción, ya que, desde entonces, fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original, con la que todos nacemos, heredada de nuestros primeros padres, Adán y Eva. ¡*Gran misterio!*

Aspectos de la idea:

En primer lugar, ahondemos en el *misterio*. La pobre razón humana de los teólogos, aun iluminada por la fe, necesitó muchos siglos para encontrar el modo de armonizar el dogma de la Inmaculada con el de la redención universal de Cristo, que abarca a todos los seres humanos sin excepción para nadie, ni siquiera para la Madre de Dios. El pueblo cristiano, sin embargo, que ignora las disquisiciones científicas, pero tiene el sentido de la fe que proviene del mismo Espíritu Santo, llevaba ya muchos siglos aceptando gozosamente la doctrina de la Concepción Inmaculada de María, y se tapaba los oídos cuando los estudiosos ponían objeciones y dificultades a la misma. Al contrario,

aplaudía jubilosamente todas las razones de conveniencia, que si bien no satisfacían a los teólogos, llenaban por completo el corazón y la piedad de los fieles. Repetían así, convencidos, que si Dios pudo hacer inmaculada a María y era conveniente que la hiciera, sin duda que así lo hizo (los famosos verbos latinos: *potuit, deuit, ergo fecit*). Era imposible que la Reina los ángeles, que aplastaría la cabeza de Satanás (1ª lectura), hubiera estado bajo su dominio, aunque sólo fuera por un momento. Tampoco era concebible que la mediadora necesaria para la reconciliación del mundo con Dios hubiera sido su enemiga, ni siquiera por un instante. Era impensable que María, por quien nos viene la salvación por darnos a Cristo, hubiese sido concebida en pecado. No podía la sangre redentora de Cristo brotar de una fuente manchada por la culpa.

En segundo lugar, hagamos un *recorrido histórico* por Oriente y Occidente preguntando a los siglos sobre este *misterio* maravilloso. Esta fiesta comenzó a celebrarse en algunas iglesias de Oriente desde el siglo VIII, en Irlanda desde el IX y en Inglaterra desde el XI. Después se propagó a España, Francia y Alemania. Aunque en la época medieval varios teólogos negaron o pusieron en duda este privilegio de la Virgen por lo que ya dijimos (Cristo redimió a todos), y la Iglesia recién proclamó oficialmente el dogma en el siglo XIX con el Papa Pío IX, esta doctrina, tan en consonancia con el instinto sobrenatural de todo corazón cristiano, siguió difundiendo por el mundo entero. Entonces,

¿María no fue redimida si no pecó? La respuesta que dio la Iglesia y la teología para este misterio es ésta: María recibió la gracia preventiva porque iba a ser la Madre del Redentor. La gracia preventiva es más sublime que la gracia redentora; ésta supone haberse manchado y después Dios haber limpiado. En María no se dio esto. Por eso el ángel la llamó: "*Llena de gracia*" (evangelio).

Mírame con compasión,
no me dejes, Madre mía.

Finalmente, esta solemnidad nos compromete, si somos realmente hijos de María y creaturas redimidas con la sangre de Cristo, a ser santos e intachables ante Él por el amor (2ª lectura). Santidad que no significa ser inmaculados –que sólo María lo es– sino lucha contra el pecado en todas sus formas y conquista de virtudes, con la ayuda de la gracia divina. En cada Eucaristía el Verbo Encarnando bajará hasta nosotros, de modo análogo a como descendió al seno purísimo de María en la Encarnación. Ojalá lo encuentre limpio y puro.

Para reflexionar: ¿Lucho por reconquistar la pureza perdida por el pecado? ¿Qué medios tengo a mi alcance para limpiar mi alma de las secuelas del pecado? ¿Puede Dios al verme recrearse, como con María? ¿Ya tengo algunos rasgos de la santidad de María Santísima?

Para rezar:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.

A Ti, celestial princesa,
Virgen Sagrada María,
te ofrezco en este día,
alma, vida y corazón.



Idea principal: Abrirnos a la *alegría* mesiánica que nos trae Cristo.

Resumen del mensaje: el primer domingo de Adviento Dios nos invitaba a *despertar*. En el segundo a *convertirnos*. Hoy nos invita a la *alegría*, a la *alegría mesiánica*. Es el domingo del "*Gaudete*", es decir, "*Alegraos*". La vida cristiana tiene que ser vivida desde la *alegría*, aun en medio de dificultades y desiertos de la vida (primera lectura), porque la tenemos fundamentada en Cristo, como Juan Bautista (evangelio). *Alegría* que tenemos que regar, abonar, cuidar (segunda lectura) y transmitir a nuestro alrededor.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, este Cristo Salvador que viene en Navidad nos llenará de su *alegría*, pues Él es la alegre noticia del Padre, y por eso "*el desierto y el yermo* (de nuestro corazón) *se regocijarán, se alegrarán el páramo y la estepa*" (primera lectura). Sí, habrá descalabros, calamidades, quebraderos de cabeza, pero el cristiano hoy debe escuchar la voz profética que le invita a la esperanza y a la *alegría*, porque Dios entró y entra en nuestra historia, en nuestra vida. Y Él es fiel (salmo). Hará que los cojos caminen, que los mudos hablen, que el desierto se convierta en jardín, que los cobardes se vuelvan valientes. ¿Soy un cristiano de esperanza

gozosa o un cristiano triste y pesimista? Dice el Papa Francisco: "*El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada*" (Evangelii gaudium, n. 2)

En segundo lugar, esta *alegría* recibida por Cristo el día de su Encarnación tiene que ser cultivada, regada, abonada con el esfuerzo y la paciencia, para que dé fruto precioso (segunda lectura), como hace el buen labrador. De lo contrario, se agosta y fenece. No tengamos miedo a las escarchas, a las nieves, a los vientos y la lluvia; todo es necesario para que florezca mi vida, pues lo permite Dios. ¿Mi vida florece o está seca? ¿Si está seca, no será que he abandonado el riego y el abono? ¿Tal vez no arranco las malas hierbas de mi corazón y se están comiendo esa *alegría* de la salvación que Jesús sembró en mi corazón? "*Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría*" (Evangelii gaudium, n. 1).

Finalmente, la *alegría* de Juan Bautista, ¿en qué y en quién se basaba? (evangelio). Él estaba en la cárcel, porque su predicación era clara e invitaba al rey Herodes a convertirse, pues vivía en adulterio. No era para estar alegre. Tampoco su *alegría* consistía en cosas, pues vivía en austeridad y pobreza. La *alegría* de Juan Bautista se basaba en haberse encontrado y aceptado a Cristo en su vida,

y por eso daba testimonio valiente de Cristo. ¿En dónde está mi alegría? ¿Qué hago por llevar esa alegría de Cristo a mi casa, a mi casa, a mi puesto de trabajo?

Para reflexionar: revisemos en este domingo de la alegría a quién estamos transmitiendo esa alegría de nuestro corazón. Y en el caso de que esa alegría haya muerto por el pecado, acerquémonos a la confesión en estos días para recuperar la alegría de la salvación. Será la mejor manera de acercarnos a la Navidad. “¿Por qué no entrar también nosotros en ese río de alegría?” (Evangelii gaudium, n. 5).

Para rezar:

*Dame, Señor, el don de la alegría,
que canta sin reservas,
la belleza del mundo,
la grandeza del hombre,
la bondad de su Dios.
Dame, Señor, el don de la alegría,
que me haga siempre joven,
aunque los años pasen;
la alegría que llena de luz el corazón.
Dame, Señor, el don de la alegría,
que colma de sonrisas,
de abrazos y de besos,*

el encuentro de amigos, la vida y el amor.

*Dame, Señor, el don de la alegría,
que me una contigo,
el Dios siempre presente,
en quien todo converge y en quien todo se inspira.
Dame, Señor, el don de la alegría,
que alienta el corazón
y nos muestra un futuro
lleno de bendiciones, a pesar del dolor.
Amén.*



Idea principal: ese Dios que nace es Dios-con-nosotros, *Emmanu-El*. Hagámosle un lugar en nuestro corazón, como María.

Resumen del mensaje: Después de habernos invitado a despertar (primer domingo de adviento), a convertirnos (segundo domingo), a alegrarnos (tercer domingo), hoy Dios nos invita a *mirar a María*, pues por Ella nos vino el Emmanuel (primera lectura y evangelio), para renovar nuestro mundo y nuestros corazones, cegados por tanto pecado (segunda lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ese Dios que viene a través de *María* no sólo es "el Dios que es...el que está... el que ve el dolor de su pueblo" sino que es el "Dios con nosotros que nos salva" (primera lectura y evangelio). Dios hecho hombre, de la estirpe de David (segunda lectura), cuyo último eslabón será José. Es *Emmanu-El*. Jesús es "*Emmanu*", es decir, "con nosotros"; es uno de nosotros, nuestro hermano. Pero Jesús también es "*El*", es decir, Dios. Si fuera sólo "con nosotros", pero no fuera "Dios", no podría salvarnos. Si fuera sólo "Dios", pero no "con nosotros", su salvación no nos interesaría; él también habría quedado como un Dios desconocido, lejos de las esperanzas del hombre. Don gratuito de Dios a María y a la

humanidad. Esto ha sido posible "*por obra del Espíritu Santo*", lo cual significa que está en marcha una "nueva creación". Este es el misterio teológico y profundo de la Navidad: de Dios Altísimo se ha vuelto un Dios próximo, un Dios para los hombres. En la primera creación, Dios nos hablaba a distancia, por los profetas. Ahora, en la nueva creación, es un Dios que nos habla al corazón por su Hijo.

En segundo lugar, fijemos la mirada en *María*, de quien nos vino el *Emmanuel*. Se dejó invadir por el Espíritu y por el misterio. Embarazada de Dios, sin perder la virginidad. Ese *Emmanuel* fue creciendo en *María*, gracias a su fe, esperanza y caridad. Ella llevaba a ese Emmanuel en su mente, en su corazón, en su afecto y en su voluntad. Nunca se separó de Él.

Finalmente, si Dios está con nosotros y es el *Emmanu-El*, nada ni nadie puede separarnos de Él. Eso sí, nosotros podemos volverle la espalda, vivir como si Él nunca hubiera venido, como si no hubiese hablado (segunda lectura). No nos sirve de nada ni siquiera que Dios esté con nosotros, si nos negamos a estar con Él, de su parte. Por eso, la Navidad es una ocasión para volver a sentir la necesidad de este Salvador. Y esta salvación nos la ofrece en cada Eucaristía y en la confesión.

Para reflexionar: Dejar a este *Emmanu-El* que

nazca en nuestra alma y que esté con nosotros en casa, en nuestro trabajo, en nuestras empresas, en nuestros proyectos. Sólo en Él está la salvación y la auténtica liberación. Y con Él alcanzaremos la santidad, la gracia y la paz (segunda lectura). El Espíritu Santo hizo posible este milagro. ¿Cómo es mi relación con el Espíritu Santo?

Para rezar: Quédate con nosotros, Señor, esta noche. Quédate para adorar, alabar y dar gracias al Padre por nosotros, mientras dormimos; que baje del cielo tu Misericordia sobre el mundo. Sé nuestro Emmanuel eterno desde el silencio del Sagrario, y nada temeremos. Amén.



Idea principal: Hoy, Nochebuena, nace Cristo para nosotros y nos invita a festejarla con nosotros.

Resumen del mensaje: "Hoy" nos ha nacido el Salvador. Este "hoy" quiere significar que lo que celebramos en la Navidad no es un simple aniversario, sino un "sacramento", o sea una actualización sacramental del hecho salvífico del nacimiento humano del Hijo de Dios.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, la Navidad es la condensación del "ayer" de Belén y del "mañana" de la última venida del Señor en el "hoy" de la celebración de este año, que es un acontecimiento siempre nuevo, no sólo un recuerdo folclórico de hechos pasados. "Hoy", después del duro y cruel destierro, estamos viendo una Luz grande que nos brilla y nos salva. "Hoy" hay gozo y alegría por esta victoria y liberación. "Hoy" de la estirpe de David-Rey nos ha nacido un Niño, que es el Libertador, el Dios Fuerte, Príncipe de la paz. "Hoy" ese Niño instaura su Reino y nos trae su gracia divina, el derecho, la justicia (primera lectura).

En segundo lugar, este Dios que en Cristo nos trae "hoy" la salvación, lo hizo a través de su entrega. Así nos rescató de toda iniquidad y nos purificó.

Esto nos exige "hoy" llevar una vida digna, sobria, justa y piadosa; renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos (segunda lectura). Sólo así podemos festejar su fiesta con Él.

Finalmente, "hoy" María sigue buscando un lugar, un corazón, donde poner su Hijo Jesús. "Hoy" José nos pide una ayuda para limpiar y adecentar nuestro pesebre interior. "Hoy" María nos ofrece a su Hijo para nuestra adoración y admiración. "Hoy" cada uno de nosotros podemos envolverle con los pañales de nuestro amor y cariño. "Hoy" podemos cantarle como hicieron los ángeles en esa bendita noche con las voces de nuestra fe y humildad. "Hoy" deberíamos ir corriendo a la gruta, como los pastores, para ofrecerle lo mejor que tenemos y somos: "nuestro requesón, manteca y vino" como dice el villancico.

Para reflexionar: ¿Tengo el corazón abierto y limpio para hospedar a este Niño Jesús que viene humilde para traerme la salvación "hoy"? ¿Hay algo "hoy" que me impide abrirle la puerta de mi posada? ¿Qué es? ¿Tendrá que pasar de largo María porque encontró todo cerrado en mí?

Para rezar: Ten mi corazón, Jesús. Quiero que nazcas en él y me llenes de todas tus gracias, para que pueda hoy repartirlas entre mis hermanos. Amén.